MEMORIA PERDURABLE

Especial — La Voz de Fortuna — Marzo, 2021

LA ARCADIA PERDIDA: EL HOMBRE Y EL PAISAJE

Número 24

ANTOLOGÍA DEL AGUA

Dice el profesor Francisco Javier Díez de Revenga (*La Voz de Fortuna*, núm. 52, diciembre de 2019) que "Francisco Sánchez Bautista es definitivamente el más fértil poeta murciano de la naturaleza y del paisaje, y una buena prueba de ello la constituye la *Antología del agua* (Murcia, 2018), que en edición de Manuel Bravo Martínez, acaba de publicar la Asociación Cultural que lleva el nombre del poeta en su pueblo natal (…) un libro nutrido por su mejor poesía del agua, desde las sedientas composiciones de *Tierras de sol y de angustia* (1957) a los espléndidos endecasílabos de su *Ángel de lluvia* de *Rondó caprichoso* (2017). Sesenta años de dedicación a la poesía obsesionada siempre por el agua, ese bien natural tan necesario siempre para la vida".

Publicamos hoy un extracto de ese libro, relacionado con los poemarios escritos por Sánchez Bautista en su etapa fortunera (1957-1963) —o que hacen referencia al paisaje y paisanaje de nuestro pueblo en publicaciones posteriores—, así como los dos magníficos textos que lo preceden, el prólogo, *La Arcadia perdida: el hombre y el paisaje*, debido a Isabel Martínez Llorente; y una reflexión, *La Arcadia vive en el verbo*, del Iñaki de Verástegui. Ambos profesores enmarcan la obra de nuestro poeta de adopción en esa pasión por la vida que simboliza el agua en la región murciana.

Pablo Larra

LA ARCADIA PERDIDA: EL HOMBRE Y EL PAISAJE

Hay momentos en que uno sabe que la vida le ha deparado un agradable regalo: es lo que sentí cuando hace unos meses tuve entre las manos este libro y entre las teclas el encargo de escribir unas palabras que acompañasen la obra. Acercarme a este discurrir de agua o al sonido de su ausencia me condujo al lugar del que partía mi intuición: la certeza de estar ante un precioso objeto poliédrico, hermoso, perfectamente pulido en cada una de sus aristas. Ese objeto son los poemas y textos que conforman esta *Antología del agua*, y es un libro humanamente grande, como su autor, Francisco Sánchez Bautista, nuestro Paco.

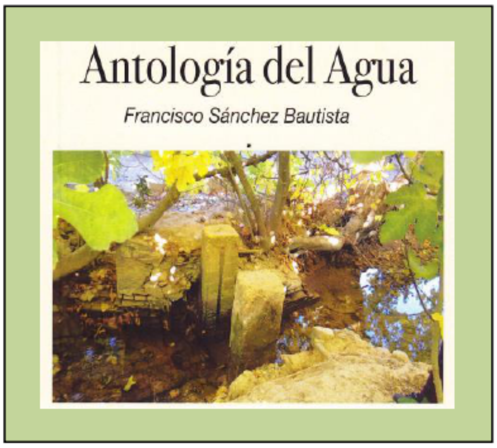
Hubo alguien que me dijo, tiempo atrás, que Sánchez Bautista no era poeta de versos sino de poemas, y así es. En cada uno de los textos que vas a encontrar aquí, lector, verás que hay una estructura perfecta. Cada poema es un mecanismo de relojería milimétrica, hecho con el tempo justo, con el metro adecuado, que bebe de los pies bien medidos de los clásicos, que destila el ritmo que la poesía (la verdadera) ha de tener, que se nutre de la luz de la metáfora brillante, que abarca un riquísimo campo léxico asociativo en el que se recogen cientos de términos que conforman el paisaje de la huerta de Murcia, la arcadia perdida en la que el poeta se reconoce (el tiempo de la infancia) y se identifica (el tiempo del ahora): "solo el paisaje sobrevive al hombre", nos dice casi al comienzo. En realidad, en Sánchez Bautista el paisaje se convierte en un personaje que lo lleva de la mano a lo largo de su obra. Lo sabíamos, porque ya nos lo confesó en *Memoria de una arcadia*, cuando nos decía estos versos:

> Porque donde hubo un hombre allí habrá
> indicios de una casa, y un río, y un paisaje.

En esta recopilación de poemas y textos que ahora ven la luz con un nuevo destello, se aprecia que el paraíso perdido miltoniano responde a la temida sequía, y la arcadia encontrada lleva el nombre de la lluvia que se anhela. Cuando esta llega, aparecen la primavera pronta, el verdor de los campos y los anunciados frutos. Es el territorio de la infancia. Del padre que en la trova vigila al niño para que no caiga al río; y de la madre, trabajadora silenciosa de la casa y de la huerta, que inventa fábulas con el mismo fin. Es el lugar que se contempla con honestidad, con la verdad más pura. Es el espacio que se llora cuando se convierte en una extensión de polvareda seca y terreno baldío por la ausencia del agua.

Si habláramos de la asociación ingeniosa en esta obra, de la imagen metafórica, veríamos que cobran fuerza los elementos más primigenios, que son tratados con hondura y se lanzan al lector en un grito poético de angustia o alegría: así el sol es un toro de luz; la sed es esa descarnada mueca, pavor de un pueblo en las largas horas y en las largas esperas; el agua es una viajera soterrada, sed en la sangre y en el alma; también es áspera música cuando se convierte en la temida agua torrencial que arrasa los cultivos y porta el hambre; es la cinta azul de los ríos, la dueña de la vida y las edades. El río se torna serpiente venenosa porque va seco, o cadáver maloliente muerto por los hombres.

Encontrarás, lector, cientos de matices en palabras cargadas de emoción, ya que las pinceladas de estos poemas que conforman un cuadro perfecto y concluso son fruto de una observación profunda, sosegada y lúcida: la que contempla la voz poética del asombro del niño, la conciencia comprometida del joven y el espíritu crítico del adulto que toca, siente y vive el paisaje que lo envuelve, convirtiéndose ese paisaje en él mismo. Es el lugar que observa morir día a día, poco a poco, por el desgobierno de quienes nos gobiernan ("El río Tajo, ¿de quién es?"), por la falta de conciencia ecológica del hombre que antaño miró al Segura y a cualquiera que fuese el nombre del río que lo llevase de la mano como un milagro de la naturaleza, vehículo de vida, escenario de chiquillerías y juegos estivales, y habiéndose convertido, en la actualidad, en pozo de residuos o portador de la nada, de la sequía mortal ("Un río moribundo", "¿Cisnes en el Segura?", "La agobiante sed murciana").



En la obra de Sánchez Bautista, pues, podemos decir que está el hombre y su mundo: una huerta, la de Murcia, y una vida, la del yo poético, que pone su voz junto a la del campesino, pidiendo a los demás poetas que también alcen la suya para ayudar al necesitado. Encontramos, y estos versos lo corroboran, el paisaje traducido en la persona que más definiera al poeta, canto que elogia las raíces de la propia existencia:

> Hay un sabor a tierra en cuanto digo
> que revela mi origen genesíaco. […]
> Si contemplo estas sendas y estos árboles,
> o la acequia, o el río, me contemplo
> como parte integrante de este entorno.

LA SED Y LA VIDA

En el libro se aprecia un equilibrio entre aquellas composiciones dedicadas al lamento de las gentes que miran al cielo con la esperanza de ver caer el agua y aquellas otras en las que se canta la llegada del milagro, que es sinónimo de lluvias primaverales.

En ese lamento de la "sequedad horrenda" hallaremos angustia, sed, atroz calentura, calizosa tierra, agua como muerte o como sangre, tierra maldita, sol que pulveriza, grietas, lavas sedientas, nubes polvorientas, rastrojos, sierras que trasudan fuego, cráteres abiertos, suelo duro, fuentes manando agua de salitre y tuera, viento cierzo, hervor siniestro, hipo asfixiante, polvo abrasador de los caminos, tolvaneras, olor a quemado, campos sedientos o áridos, tierra cuarteada y dura, un sol con rayos que exterminan; una región, Murcia, paramera desde antes de Adán hasta el presente, en una clara hipérbole con la que nos hace sentir que esos semas de dureza fueron, son, y acaso, ¿serán?

La antítesis que conforma el libro viene en forma de vida: la que da el agua cuando llega, convirtiéndose en manantial claro, en peregrina que viene alegre, en pan del cielo, en milagro; el río canta, personificando la alegría del pueblo que lo ve discurrir lleno; y los tonos ocres del territorio de la sed se convierten aquí en ribera verde, frutales florecidos, humedad vital, paramera enverdecida; el grano presiente el júbilo, el pan es la paz única, hay sombra estiva, pájaros, savias nuevas.

Y entre uno y otro, podemos tocar la palmera, el olivo, la pita, el almarjal, las viñas, los trigos, la mora, el limonero, el naranjo, los álamos, la cañavera, el olmo, el chopo, la alfalfa… Y al mismo tiempo, escuchar el zumbido de las moscas, el chirrío de las cigarras, el rebuzno del mulo viejo, el canto del ruiseñor, el escarceo de lagartos, el silencio del alacrán, el aleteo en el agua de las fochas y los patos, el murmullo de los abejarucos, el hilo de los caracoles, el croar de la rana o la canción de los grillos… Todos ellos, elementos de un color que da forma a la huerta de Murcia, al lugar que edifica el territorio de sed, angustia, luz, sol y vida que es este paisaje que nos rodea y que se convierte en hermoso en cualquiera de sus dos vertientes: la radiante, porque de ella se desprende la vida;

Continúa en la página siguiente…

Viene de la página anterior.

la desolada, por la belleza del paisaje que desea ser salvado, por la esperanza que el poeta deposita en ese lugar, en las figuras de las gentes que lo habitan, que lo labran, que intentan arrancar de sus venas terráqueas el fruto cuidando con esmero la cosecha; y vemos a esas mismas gentes lamentarse cuando se pierde por la llegada del agua torrencial. ¡Cuántas veces quienes aman la huerta miran al cielo pidiendo que no llegue el granizo que puede dañar el fruto! Un escenario único hecho de sed y de vida, que ofrecerá una revisión de esa imagen de la huerta que tenemos en nuestra retina y que no habíamos contemplado en la magnitud que las palabras del poeta le adjudican.

EL HOMBRE Y LA PALABRA

En esta obra de Sánchez Bautista se dibuja el alma de un pueblo y se descubre la voz más crítica del autor en los artículos en prosa. Paco es bajito; sin embargo, ¡qué grande se hace en las palabras!, ¡cómo embellece la realidad más cruda!, ¡con cuánta humildad se acerca a los elementos más originarios del ser humano, al agua, al trabajo, al alimento, a la sed... para nombrarlos de una forma nueva, para enseñárnoslos desde ese espacio que el resto, los demás, no alcanzamos! Lejos queda, lector, el mundo poético ligado a las nuevas tecnologías y a las redes sociales que premian la inmediatez, ese universo virtual en el que la intuición del verso cabe en treinta caracteres, o en un párrafo con una vaga intención de poema.

En Sánchez Bautista la palabra nombra la esencia del tiempo, no por lo que dice, ni por lo que sugiere, sino por la honda belleza del espíritu que le confiere a cada idea dentro del magnífico caleidoscopio del poema bien hecho, lúcido, auténtico, genuino.

Lector, toma este libro en la calma pausada de tu tiempo, y levanta la vista entre verso y verso, entre página y página, porque aquí tendrás espacio para la reflexión y la serena contemplación del escenario más hermoso: ese que dibujan con trazo firme y sutil las palabras del Poeta.

Isabel Martínez Llorente.
(Profesora de lengua y literatura
IES Poeta F. Sánchez Bautista)

LA ARCADIA VIVE EN EL VERBO

Cada día, al amanecer, pedaleo en mi bicicleta el trayecto que va desde la ciudad de Murcia hasta la pedanía de Llano de Brujas. Un rincón de la huerta que pervive milagrosamente a pesar de los zarpazos que la acción del hombre ha asestado al paisaje.

Vivo esta destrucción como una desazón honda, inevitable, como un desgarro que añora "La Arcadia Perdida".

Sin embargo, resulta que desde que conocí la obra de Paco, este mismo paisaje que contemplo a diario se va ensanchando a mis ojos, va cobrando, en cada encuentro, un nuevo sentido. La música del agua, la música de las aves, el milagro de la luz...la música de los árboles...

Gracias al poeta el paisaje se ha hecho inmortal, universal.

La mota del río Segura hilvana sutilmente las dos poblaciones y desde esa privilegiada perspectiva todo recobra su nombre. Es la voz del poeta:

"Con rumores de acequias me despierto
y sacudo mi inercia y bien me lavo
en las frescas fontanas de mi huerto".

"¡Armonía, armonía! Canta el río
en la verde ribera, un sol de vida
se derrama, ardoroso, en el plantío".

Estimado lector, yo le animo para que, a pie o en bici, recorra estos caminos que tanta vida esconden y que con tan profundo afecto nombra para siempre nuestro entrañable poeta.

Iñaki de Verástegui
(Profesor de música del IES Poeta Sánchez Bautista)

III

*QUEDA Oleza allá, lejana,
a la margen del Segura,
callada, como en clausura,
entre palmera y campana.*

*Y añoro entonces y anoto,
son dos: Gabriel y Miguel,
un manantial claro, ignoto,
de bien soleada miel.*

*Y rezo por los hermanos
ya idos: por aquel par
de olecenses, soberanos
maestros del gay-cantar.*

**Tierras de sol y de angustia (1957)
(Paisajes yermos)**

*FORTUNA es la
angustia y es la sed y es
la atroz calentura.*

*Calizosa tierra
donde por el agua
se pierde cualquiera.*

*Aquí el agua es muerte,
muerte en el aljibe
y muerte en la fuente.*

*Aquí el agua es sangre,
por mucha que corra
no corre bastante.*

*Oscuros veneros,
¿oscuros he dicho?
más que oscuros, ¡ciegos!*

*Agua de la hila,
minúsculo cauce
de salmuera híbrida!*

*Parameras hoscas,
eriales, baldíos,
llanuras hidrópicas.*

*¡Ay tierra maldita,
condenada a un lento
sol que pulveriza!*

**Tierras de sol y de angustia (1957)
(Paisajes yermos)**

XIII

*SE abrían los campos
en profundas grietas
exhalando un vaho
de lavas sedientas.
En un altozano,
una noria vieja
lagrimeaba, a gotas
un agua de tuera y
salitre. Un mulo
viejo, daba vueltas
levantando, al paso,
una polvorienta
nube. Como fuego
caía la siesta
sobre los rastrojos
y sobre las eras.´
El aire quemaba.
Una. fragua inmensa
era la llanura
inhóspita y seca.
Zumbaban las moscas.
Sobre las cortezas
mustias del olivo
onaban su orquesta
monótona y áspera
las cigarras. Era
caótico y hondo
-la llanura muerta–
el azul vacío
entre cielo y tierra.
El mulo seguía
con sus tardas vueltas...
El agua mermaba
en la honda cisterna.
Ya salía turbia,
ya era guija y gleba,
ya los arcaduces
rompíanse en las peñas
del fondo del pozo.
-Sequedad horrenda,
mano pavorosa
que abrasa cosechas–.
Trasudaban fuego
las cercanas sierras.
Cráteres abiertos
sus cúspides eran...
Y, en vano, los hombres
sondeaban la tierra:
sales amargosas...
¡miseria, miseria...!*

**Tierras de sol y de angustia (1957)
(Paisajes yermos)**

Continúa en la página siguiente...

Viene de la página anterior.

AL DESPERTAR

CON rumores de acequias me despierto
y sacudo mi inercia y bien me lavo
en las frescas fontanas de mi huerto.

Me dirijo a mis tierras, a mi bravo
Luchar. Un pardo ruiseñor desgrana sus
Trinos. Yo, envidiándose, le alabo.
¡Primavera en camino! La besana se ha
cuajado de húmedo rocío.
Es el cielo una lámina azulgrana.

¡Armonía, armonía! ¡Canta el río en la
verde ribera! Un sol de vida
se derrama, ardoroso, en el plantío.

¡Sal a luz, corazón, por esta herida
caliente y roja como el sol de estío!

Otros poemas
Incluidos en Tierra de sol
y de angustia (1957)

LLUVIA

YA está cayendo el pan del cielo.
(Lluvia cernida que a las raíces cala
y humedece y esponja el duro suelo).

El lejano confín es como un ala
de gigante faisán. (Iris abierto
en los siete colores de su escala).

Un vestido esmeralda espera el huerto.
(El florecido abril, con sus lozanos
brotes, revestirá el paisaje muerto).

¡Gocemos nosotros, los humanos!
Dios envía esta lluvia con acierto.
(Otro milagro más cae de sus manos).
¿Será la sangre del costado abierto?
(¡Lluvia de redención, efluvios sanos!)

Otros poemas
Incluidos en Tierras de sol
y de angustia (1957)

111

SE hizo horrible la sed Llegó del campo
y paseó su descarnada mueca
ante el pavor de un pueblo.
Pregonan su presencia
el exhausto botijo
y la arcillosa jarra insatisfecha.

Allí el cántaro roto, allí la fuente
manando un agua de salitre y tuera.
Y allí las largas horas
de las largas esperas
bajo la luz picante, tamizada,
de un sol que desespera.

Llegaba un viento cierzo
alborotando plazas y callejas.
Agotador y fosco
se ponía el ambiente. Agosto era
como un hervor siniestro,
como un hipo asfixiante de la tierra.

El polvo abrasador de los caminos
se alzaba en tolvaneras,
y una luz lenta y cruda
encendía la cal de las viviendas.
Un olor a quemado
traía el campo hacia la pobre aldea.

La sed y el éxodo (1975)
Libro Primero

IV
(Invocación al agua)

TE buscábamos
desesperadamente, hermana clara.
Levantábamos piedras
y tú no te mostrabas
de tan honda y perdida.
¿Por qué acequia
tu andadura vital, tu deseada
gracia, tu apretada verdura,
viajera soterrada?

Mas tú no respondías,
esquiva siempre, a nuestro grito de ansia.

Anunciamos tu nombre
en triunfales pancartas.

En las blancas paredes
tu verde nombre aireaba.

En los campos sedientos,
tu nombre.
En la prensa diaria,
tu nombre.
En grandes letras,
tu hermoso nombre escrito en las calzadas.

En la canción tu nombre.

Tu nombre humedecido, con qué gana
en aquellos que sufren espejismos.
Te nombran y te aguardan
siempre pacientes, siempre
con la sed en la sangre y en alma
los hombres que retuercen existencias
por los áridos campos de la patria.

Te buscábamos ciegos,
hermanita abundancia.
Escarbábamos pozos
en la tierra cuarteada.
Pero tú, por respuesta,
tercamente nos dabas
la sequía en tu ausencia: las exequias
a nuestras esperanzas.

La sed y el éxodo (1975)
Libro Primero

VII

AQUÍ, donde la pita
tiene su señorío,
no hay arroyo ni río
ni el agua precipita

su manantial. Crepita
sobre el yermo el estío.
Y el fosco poderío
del sol quema y gravita

sobre esta tierra dura
sus rayos de exterminio, u
ahornada calentura.

Porque esto es el dominio
del dios Plutón. Fulgura
un cielo de aluminio.

La sed y el éxodo (1975)
Libro Primero

X
(Leyenda campesina)

De los lluviosos ojos de los ángeles
caía un agua celestial y fina.
De la graciosa boca de los ángeles
venía un aire o brisa
madurando los campos.
Todo lo hermoso y bueno de la vida
llegaba por la gracia de los ángeles.
Si el cordero cumplía
largos meses de aprisco;
si crecía la viña
en olor de abundancia;
si un año repetía
con creces su cosecha, por mandato
angélico lo hacían.

Los ángeles velaban,
mas si una vez dormían
llegaba el diablo y le prendía fuego
a la verde campiña.
Exasperaba a todos
con su siembra de ruina.

La sed y el éxodo (1975)
Libro Primero

LIBRO CUARTO

En este suelo de escorial escueto
arraigado a las piedras, gris y enjuto,
como pasó el abuelo pasa el nieto.
MIGUEL DE UNAMUNO

1

UNA era de sed ya es suficiente
para probar la vida más austera:
pienso en esta región que es paramera desde
antes de Adán hasta el presente.

Cuánto sol ha caído indiferente
sobre esta tierra que el trasvase espera.
Y cuánta angustia, si a medirse fuera,
ha sufrido esta honrada y pobre gente.

Sólo el paisaje sobrevive al hombre. Y este
olivar caduco y desolado
nos pone en evidencia de que un día

hubo un humano que plantó y dio nombre
a todo este almarjal atarazado
por siglos y más siglos de sequía.

La sed y el éxodo (1975)

Maquetación: Antonio Pérez Gracia
Impresión: Contraste